

ponen también silencio á la razon. En una palabra, en el método experimental como en todo, *el sólo criterio real es la razon (1).*»

Con esta base, la conciliacion es fácil entre la metafísica y la esperiencia. La una dá los principios, la otra los hechos. Los hechos y los principios no son enemigos, sino amigos. No se excluyen, se completan. Un principio hipotético puede ser contrario á los hechos, pero no un principio real. Los que consideran la metafísica como una ciencia ilusoria se figuran que un principio es necesariamente una hipótesis. La crítica debe ejercerse sobre los principios como sobre los hechos. Un hecho problemático puede ser contrario á los principios, pero no un hecho real. ¿Quién aceptaria como hechos los cuentos divulgados por los charlatanes? Es necesario ante todo que los hechos y los principios sean legítimos, que sean verdaderos principios y verdaderos hechos. Ciertamente que entónces están de acuerdo entre sí porque dependen de la misma razon y están sometidos al mismo registro de la conciencia. La razon no contradice la razon.

Esta no es la tésis del positivismo, cuando preconiza el método experimental. Los hechos para él son la negacion de los principios, y la observacion la negacion de la metafísica. Es lo que os tenia que mostrar, á fin de establecer que si el positivismo condena la metafísica en nombre de la esperiencia, ésta considerada en sí misma, no tiene sin embargo nada de hostil á la metafísica.

El positivismo y el criticismo obran de acuerdo para eliminar lo absoluto y lo infinito. Parece, en verdad, que lo absoluto es contrario á lo relativo, lo infinito contrario á lo finito, y que no se puede reconocer el uno y el otro de estos dos elementos. Es como si se digera que la causa es contraria al efecto y el todo contrario á la parte. Infinito quiere decir sin fin, sin límites, sin restriccion; es la propiedad de lo que no está limitado por nada, de lo que comprende todo, de lo que es todo. Absoluto quiere decir sin condicion, sin relacion, sin comparacion; es la propiedad de lo que existe en sí, de lo que es considerado como tal, en sí mismo, abstraccion hecha de toda relacion. Tal es el sentido vulgar de estas palabras; la filosofía lo respeta y confirma en todas sus aplicaciones. Decimos que Dios es infinito bajo todos respectos, porque es todo el sér, toda la reali-

(1) Claudio Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, 1.^a parte, cap. I, §. 2.^o, cap. II, §. 7.^o Paris, 1865.

dad, la esencia una y entera, sin ninguna restriccion; decimos que el espacio y el tiempo son relativamente infinitos, porque son sólo y únicos cada uno en su género, y porque así poseen toda la realidad de su género; decimos en fin que lo que es continuo, aunque limitado, como una porcion de extension ó de duracion, como un movimiento ó un número, es aun infinito bajo algunas consideraciones, porque es divisible sin fin y porque así contiene al ménos en poder una infinidad de partes. Decimos de la misma manera que Dios es plenamente absoluto, porque es de sí mismo todo lo que es, porque se basta á sí mismo ó porque es sin condiciones; decimos que el espacio y el tiempo son parcialmente absolutos, en los límites de su género, porque no dependen de ninguna otra realidad de la misma naturaleza; decimos, en fin, que cada ser finito es aun señalado con el carácter de absoluto, cuando es considerado como tal, en su propia esencia, segun su propio valor, fuera de toda comparacion con un contrario.

No se trata, ahora, de justificar estas proposiciones, pero sí de demostrar que podemos comprendernos hablando de lo infinito y de lo absoluto. Que estas nociones ofrecen dificultades, convengo desde luego; pero las matemáticas, la filología, la historia y aun las ciencias naturales, no tienen también sus espinas, y debemos por eso rechazar su objeto? Lo extraño es que los que dirigen esas críticas á la filosofía, continúan usando los términos que reprueban, al ménos en su aplicacion al mundo y á la vida humana. No renuncian á las palabras *todo*, *en todas partes*, *siempre*, porque expresan exactamente la misma cosa que la palabra *infinito*; no reprueban el empleo de lo infinito en las matemáticas, en la astronomía, en la física; admiten sin dificultad que el deber es absoluto, que el hombre tiene un derecho absoluto á la existencia y al desarrollo de sus facultades, que es absolutamente verdadero que 2 y 2 hacen 4; pero se niegan á dirigir los mismos términos á Dios, al sér al cual convienen soberanamente. Para ser consecuentes consigo mismos, deberian comenzar por reformar la lengua. Creen perjudicar á la filosofía burlándose de la investigacion de lo absoluto! Pero, en verdad, ¿sus tiros no recaen sobre ellos mismos, cuando proponen, como nosotros, un ideal al hombre y á la sociedad, cuando proclaman con nosotros que la naturaleza nos impone la obligacion de ejecutar el bien por el bien, de buscar la verdad por la verdad, de realizar lo bello por lo bueno y de practicar la justicia por la justicia. Si lo ab-

soluto está en la vida racional, en el imperativo categórico de la conciencia, por qué lo niegan en Dios?

La filosofía positiva de MM. E. Littré y G. Wyrouboff me ha honrado igualmente con una respuesta, firmada G. W. El autor del artículo titulado *el Positivismo en la Universidad libre de Bruselas*, Enero y Febrero de 1868, no me atestigua una gran benevolencia y no parece estar al corriente de las reglas de la cortesía francesa, porque las palabras groseras abundan desde el principio. Califica mi Discurso de «una pieza verdaderamente curiosa y que merece la pena de examinarse, no á causa de su mérito intrínseco, porque carece de tal, ni bajo el punto de vista filosófico, ni aun bajo el punto de vista literario, sino porque nos dá á conocer las tendencias de una universidad que se distingue con el pomposo título de *libre*.» No se trata de la universidad, sino de mí. Poco me importa el estilo, veamos el fondo.

Aunque poco sorprendido, protesta mi honorable contradictor contra la acusacion del materialismo y ateismo. «Acontecerá aun, dice, frecuentemente, que la ignorancia nos arroje esos dos calificativos, creyendo así injuriarnos y ofendernos.» Guardémonos de la cólera y de la ceguedad que encierra esta frase. Es verdad que designo las cosas por su nombre, pero jamás he pensado en hacer de una doctrina un término injurioso ú ofensivo. Veo que el ateismo y el materialismo contienen graves errores, y considero su propagacion en nuestra época como una calamidad pública; pero un error y una desgracia no son actos reprobables y culpables: se les deplora, pero no se les acrimina; se puede compadecer á los autores ó á las víctimas, no se les deshonorra. Estimo á un ateo y á un materialista, cuando su conviccion es sincera; ¿y qué motivo habria para sospechar de la buena fé de los positivistas, que no conocia? ¿Por qué, pues, hablar de injuria á propósito de discusion? ¿Por qué decirme que el ateismo y el materialismo no son «un espantajo,» más que para los «espíritus limitados» y no son «una bestia feroz,» más que para los «torpes caracteres?»

Mi honorable contradictor no es caritativo tampoco en los razonamientos que me prepara. «¿Se quiere saber por cual procedimiento lógico M. Tiberghien llega á clasificarnos entre los ateos y los materialistas? Este procedimiento es sencillísimo, es viejo, está usa-

do. El positivismo no admite ni Dios, ni la inmortalidad del alma, luego es ateo; sólo quiere lo real y lo relativo, luego es materialista. La demostracion, como se vé, no es difícil, ¿pero qué pensar de esta demostracion, y qué puede convencer? «No he razonado ciertamente de esta manera; como lo prueba mi Discurso, he razonado, segun el conjunto del sistema de Comte. Por lo demás, distingo.

Prefiero admitir la primera demostracion, así simplificada: «el positivismo no admite Dios, luego es ateo.» La mayor se saca entonces de la definicion del ateismo, como opinion de los que no admiten la existencia de Dios. La menor es un hecho que no se contesta, y que resulta demasiado claramente de la pretension de Comte de organizar la sociedad sin Dios ni Rey. La conclusion es, pues, irreprochable, el entimema es perfecto y debe convencer á todos los que, sobre la fé de los lexicones, adoptan la definicion ántes mencionada (1). ¿Se me persigue por esto con nuevas tonterías? «M. Tiberghien nos descubre una vez más la manera cómo los metafísicos en general, y los *espiritualistas* en particular tienen aficion á satisfacerse de palabras, y cuán poco aptos son para hacer la crítica filosófica.» En efecto, mi crítica no está á la altura de las circunstancias: llamo ateo á aquel que niega á Dios, mientras que Comte llama ateo, si no me equivoco, al que profesa un sistema metafísico negando la existencia de Dios. Es muy diferente.

Pero no podria jamás suscribir la segunda demostracion que se me atribuye. Un profesor de lógica no osaria decir: «El positivista quiere únicamente lo real y lo relativo, luego es materialista.» No veo en este razonamiento nada de comun entre la conclusion y las premisas. ¿Son lo real y lo relativo propiedades exclusivas de la materia? Sí, para los materialistas; pero es lo contrario para los idealistas; y para los espiritualistas el alma y el cuerpo son dos sustancias reales y positivas. La demostracion pues carece de valor para mí y debe haber sido inventada precisamente por un materialista, dispuesto á creer que nada hay real y positivo fuera de la materia. En cuanto á mí, razono de este modo: «El positivismo no admite el alma como sustancia distinta del cuerpo, luego es materialista.» Así es como siempre he razonado. Convengo en que el argumento es viejo, pero es tan sólido como un silogismo, y se usará tanto como dure el

(1) *Dictionnaire de la langue française*, par E. Littré, pág. 226. París, 1863.

imperio de la razon. Francamente los positivistas harán muy mal en lamentarse porque se les llame ateos, cuando niegan á Dios, y materialistas cuando niegan el alma. Estas palabras no han tenido nunca otra significacion.

Un autor moderno, M. Caro, á quien no se le disputará la competencia ni la templanza, obtiene la misma conclusion. Examina la pretension de M. Littré, quien no quiere ni afirmar ni negar, y que declara que la carencia de afirmacion y la carencia de negacion son indivisibles. «Véase las declaraciones formales que parecen resolver la cuestion, dice el crítico, que la resolverian de seguida, si en filosofia, como en otra parte, las declaraciones de principios bastasen; pero es un hecho despues de largo tiempo reconocido que, en este orden de cuestiones más que en ningun otro, es imposible conservar la neutralidad entre la negacion y la afirmacion, y es en el sentido de la negacion porque la escuela positivista se halla arrastrada á pesar de las resistencias de su fundador... ¿Es menester asombrarse? A tomar las cosas en su enlace natural y el espíritu humano en su lógica, no podía ser de otra suerte. Sobre todas estas cuestiones, de donde parece dependen nuestros más altos intereses, los de la vida intelectual y moral, apenas es posible esperar que la razon se detenga largo tiempo en ese medio puramente ideal de la neutralidad absoluta.

«¿Qué sucede? Habeis querido establecer en vuestro espíritu y en los que siguen vuestras ideas un estado de desunion perfecto entre el materialismo y el espiritualismo; pero esa deparacion sólo es aparente, provisional, precaria. Por la naturaleza misma de las cosas, la duda ó la suspension voluntaria del juicio en este orden de problemas, no es nunca la pura indiferencia: parece siempre más próxima á la negacion que á la afirmacion. ¿Quién podrá desmentirme cuando la prueba de estos hechos abunda en todas las memorias, en todos lados? ¿Acaso M. Littré? Pero cuando acaba de manifestar alguna preferencia á una de las dos filosofias que están presentes, ¿inclinase nunca hácia la filosofia espiritualista? Seguramente no, y cuando se le vé otorgar su proteccion á los folletos contra el espiritualismo (1), nadie podrá ver allí un síntoma de neutralidad...

(1) M. Leblais, *Materialisme et Spiritualisme*, precedido de un prefacio por M. Littré.

»Esta tendencia secreta al materialismo se revela demasiado claramente en la asimilacion de las ciencias morales á las ciencias físicas y naturales, que es uno de los rasgos ménos controvertibles del positivismo... Deseo, con toda sinceridad, colocar las ciencias filosóficas en la ciencia general de los cuerpos organizados, ordenar el estudio positivo de las funciones intelectuales en la fisiología, y dar el nombre de física social á la teoría del orden y del progreso en el mundo moral, ¿todo esto no implica una solucion anticipada de las cuestiones relativas al alma, al pensamiento, á la libertad?... No carece, pues, de razon que los materialistas de esta jóven generacion científica busquen á sus antepasados directos entre los jefes del positivismo... Sábios distinguidos, tales como M. Moleschott, M. Carl Vogt, habian pronunciado la palabra sacramental de la ciencia que debia conjurar los últimos fantasmas de lo absoluto. Esta palabra fué repetida con entusiasmo por los discípulos del positivismo, fatigados de una actitud de circunspeccion y de un lenguaje afectado que no imponia á nadie ni á ellos mismos.

»Reprobamos, escribia últimamente uno de los representantes de la escuela, la filosofia positiva por ser, bajo el punto de vista del método, atea, materialista, sensualista, y no confesarlo. Otro adepto muy decidido de esta escuela, escritor distinguido en diversos géneros, M. A. Lefèvre, tiene exactamente el mismo juicio que nosotros del positivismo en un diario dedicado á la defensa y á la propaganda del materialismo científico, *El Pensamiento nuevo*.

»Si los servicios del positivismo nos inducen á olvidar sus debilidades, sépase bien que de ningun modo nos alucinan sus reticencias. Sus afirmaciones y sus negaciones no nos engañan ni sobre su propio valor ni sobre su capacidad. La escuela positivista es una secta que procede del materialismo, y por él vale y tiene comprension.» Y las pruebas están deducidas con el apoyo de esta declaracion con una claridad y una franqueza que no dejan lugar á las *reticencias positivistas*. Es el título de este picante estudio, y le está perfectamente justificado (1).»

No he hecho, pues, ningun agravio al positivismo designándole como un materialismo disfrazado. Es el juicio que forman tanto sus amigos como sus adversarios; es la sola calificacion que resulta de sus premisas y que responde á sus tendencias.

(1) E. Caro, *Le Matérialisme et la Science*, páginas 81-92.

No me detendré en las otras observaciones de mi honorable contradictor, por no tener que responder á palabras como éstas: «absurdo, grotesco» á propósito de frases de mi discurso, desprendidas de su contexto. Esto es muy grosero para una discusión filosófica. Hay un punto que quizá merece un pequeño comentario; pero enmudezco con este apóstrofe: «M. Tiberghien es de los que creen que la teología no es lo sobrenatural y que la metafísica no es la hipótesis!» Lo confieso, tengo esa creencia, y la conservaré. ¿Acaso se puede permitir la ignorancia de que existe una teología dogmática y una teología natural, que la una tiene por base la revelación y la otra la razón, que esta no tiene nada de común con lo sobrenatural, á ménos que no se confunda lo sobrenatural con lo supra-sensible? ¿Y no se sabe que esta distinción, léjos de detenerse en las escuelas, caracteriza el movimiento del pensamiento moderno, ya que en el camino de la teología natural se desarrolla hoy día la idea religiosa, sobre todo en el seno del protestantismo? La teología natural es una rama de la metafísica. ¿Es, evidente acaso que todo es hipotético en la metafísica, que no hay absolutamente nada serio en las doctrinas de Descartes, de Espinosa, de Leibnitz, que la certeza está desterrada para siempre del dominio de los principios y de las cosas? Este es el fondo del debate. Justificaré mi opinión; pero busco en vano los argumentos del positivismo; en vez de razones, encuentro únicamente prejuicios. ¿Es demasiada exigencia de mi parte pedir otra cosa que una exclamación para convencerme de que la doctrina que se anuncia en mi discurso es «una burla de mal gusto?»

Soy dichoso, al terminar por poder asociarme plenamente al último voto de mi honorable contradictor: «Tenemos la esperanza de que los estudiantes de la Universidad libre valen más que sus rectores.»

Juzgo que el triunfo de un profesor consiste en ser sobrepujado por sus discípulos, y que la gloria de un establecimiento de instrucción está en producir generaciones cada vez más inteligentes.

INTRODUCCION Á LA FILOSOFÍA.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONCEPTO DE LA CIENCIA.

La ciencia es un conjunto sistemático de conocimientos verdaderos y ciertos, ó sea más sencillamente, un *sistema de verdades evidentes*. El arte se compone de obras inspiradas por la imaginación y desarrolladas bajo una forma armónica bajo el principio de lo bello; la ciencia se compone de conocimientos adquiridos por la razón y formulados en el lenguaje bajo el principio de lo verdadero. Pero la ciencia no se contenta con algunas proposiciones incoherentes ó aisladas, añadidas unas á otras y reunidas en un libro; exige que las proposiciones, se sigan y se encadenen como los órganos de un cuerpo; que formen un todo ó un sistema. La ciencia es un resumen de conocimientos, cuyas partes reflejan exactamente algún detalle de la realidad uniéndose todas en un cuerpo de doctrina.

En esta definición, hay que hacer la distinción entre el *fondo* y la *forma* de la ciencia, entre el conocimiento y el sistema. El método figura aquí como *instrumento* ó como camino para llegar á la construcción científica. Prescindiendo del *objeto* de la ciencia, á fin de dejar á la definición toda su generalidad, ¿es la ciencia un conjunto de hechos ó un conjunto de principios? No queremos decidirlo desde este momento por el temor de confundir la ciencia en general con tal ó cual orden de ciencias, es decir por miedo de tomar la parte por el todo.